

que quedó encargado por Hidalgo de construirlos, habia alistado veintidos, que se colocaron en diversas baterías situadas en los puntos que enfilan la entrada por la cañada de Marfil, que era por donde se suponía que venía Calleja, y teniendo este que pasar por una garganta estrecha, tortuosa y dominada por uno y otro lado por montañas, que en algunas partes forman rocas escarpadas, esta disposición del terreno sugirió otro arbitrio de dañar al enemigo, fundado en la práctica de la minería, que es el arte y ejercicio de los habitantes de aquellas poblaciones, diéronse en los puntos adecuados de las rocas que estrechan el paso, barrenos cuya explosión hiciese saltar pedazos grandes de peña sobre el ejército real, á su tránsito por estos parajes. Todo esto lo dirigió el administrador de Valenciana Chowell, con Dávalos y otro colegial de minería llamado Fabie, pensionista del consulado de Manila, que hacía su práctica en aquella mina y que habia sido nombrado teniente coronel del regimiento levantado por Chowell en la misma: los conocimientos científicos de estos individuos eran análogos á esta clase de trabajos."

1810.—18 de Noviembre.

Procesion solemnísimá de Ntra. Sra. de Guanajuato, en la que salió también el Sr. Sacramentado como el día de Corpus, dispuesta por los gefes independientes para impetrar el auxilio divino en favor de su causa.

Los generales Aldama, Arias, Jimenez y Abasolo cargaban en sus propios hombros las andas en que iba colocada la venarada imagen; y Allende personalmente llevaba la cauda del manto con que estaba vestida. A la vuelta de la procesion predicó el R. P. Fr. José M.<sup>o</sup> de Jesus Belaunzarán un sermón en que no habló de política.

1810.—18 de Noviembre.

Allende desaprueba el pensamiento de Hidalgo de

retirarse con sus tropas á Guadalajara, y con tal motivo le dirige en esta fecha una importante y curiosa carta que no insertamos en obsequio de la brevedad, pero que puede leerse en la historia de Alaman (T.<sup>o</sup> 2.<sup>o</sup> pág. 35).

1810.—25 de Noviembre.

El General realista D. Félix María Calleja y el conde de la Cadena D. Manuel de Flon atacan y derrotan á Allende en Guanajuato: algunos de la plebe asesinan á la vez bárbaramente á un gran número de españoles que estaban presos en Granaditas, y los jefes vencedores toman las mas terribles é inútiles represalias: entran á la ciudad á fuego y sangre y mandan degollar á todos los que hallaban á su tránsito por las calles y plazas, siendo este acaso el día de mas negro luto que ha tenido que llorar la población.

Los pormenores de tan espantosa tragedia los presentaremos á nuestros lectores, copiándolos del Diccionario universal de historia y de geografía, (t.<sup>o</sup> 9.<sup>o</sup> pág. 492) á lo que agregaremos algunos párrafos de Alaman y Bustamante.

"Allende, dice el diccionario, para defender á Guanajuato, reunió la mayor artillería que pudo, habiendo alistado veinte cañones, Dávalos, encargado por Hidalgo de construirlos; todos fueron colocados en diferentes baterías. Los españoles en la defensa que hicieron de la Alhóndiga, habian usado de los frascos de azogue preparados como granadas de mano; del mismo arbitrio se valió Allende para municionar la infantería que debiera apoyar las baterías: el resto de los soldados estaba armado con pocas escopetas, palos y piedras. El ataque se esperaba en la ciudad por la cañada de Marfil: se hicieron en las partes estrechas del camino en los respaldos de las rocas multitud de barrenos como los que se dan en las minas, con una sola mecha para ser prendidos en el instante de pasar por allí el

ejército realista, y acabarlo con los pedazos de las rocas desprendidos en la esplosion. A un lado y otro de la cañada, se colocaron diferentes baterías, cuyos fuegos enfilaban todo el camino, cada una en la cumbre de un cerro con su destacamento de infantería. El número de los defensores de la plaza, no se puede saber á punto fijo, aunque sí eran muchos. No habiendo recibido ningun socorro, ni de Hidalgo que se retiró para Guadalupe, ni de Iriarte que no llegó á tiempo, Allende con sus propios recursos defendió la ciudad con la plebe y la gente que pudo reunir en los alrededores."

"Calleja despues de la batalla de Aculco, entró como triunfador á Querétaro; el 15 de noviembre salió de allí, rindió jornadas en Apaseo, Celaya, la hacienda del Molino, Salamanca, Irapuato, Burras y en la tarde del 23 de noviembre acampó en el rancho de Molineros, á cuatro leguas de la ciudad. El dia 24, salió á hacer un reconocimiento sobre los puntos que debia atacar, y como el primero con que se encontrara, fué con el de Rancho Seco, sobre el camino de Silao, mandó que el coronel Emparán atacara por la izquierda siguiendo el expresado camino, en tanto que el capitán D. Antonio Linares lo ejecutaba por el frente, con los voluntarios de Celaya: poco se defendió el punto, y dispersos los que lo defendian, huyeron llevando la nueva á los de la ciudad. Supo Allende esta pérdida á las doce del dia, hora en que el general patriota Jimenez, que dirigia la accion, habia ya marchado á los puntos amenazados con el resto de la fuerza que quedaba disponible. Calleja sabia de los barrenos dados en la cañada; la toma fácil de Rancho Seco lo hizo empeñarse inmediatamente en la reduccion de los demas puntos defendidos y al efecto tomó sus disposiciones para conseguirlo, evitando sin embargo el peligro de Marfil, á este fin dividió su ejército en dos columnas; la primera compuesta de los granaderos y de varios cuerpos de caballería la tomó para sí; la segunda con el re-

gimiento de la Corona, los dragones de S. Luis y otros, la puso al mando del conde de la Cadena. Calleja se dirigió por la derecha; Flon despues de subir hasta el puente mas allá del camino de Silao tomó á la izquierda por una vereda para ir al cerro de la Higuera; de este modo Calleja, despues de haber ocupado el caserío de Marfil, tomó por el camino de Santa Ana, que conduce á Valenciana, mientras Flon siguió el de la Yerbabuena, hasta llegar á las Carreras, dejando con estos movimientos completamente inutilizados los barrenos. El primer punto encontrado por Calleja fué el de Jalapita; el sonido del cañon avisó el peligro á los de la ciudad, se tocó inmediatamente la generala, y con la campana mayor de la ciudad se anunció la aproximacion del enemigo. Las dos columnas de los asaltantes entretanto seguian su marcha á ambos lados de la Cañada, combatiendo cada uno de los lugares defendidos; en balde en cada cerro los indios arrojaban multitud de piedras y disparaban cuanto mejor podian sus cañones; ineficaces aquellas, mal servidos estos, á corta resistencia la batería era tomada y los desarmados defensores huian al punto cercano, llevando la consternacion é introduciendo el mayor desorden: puede decirse, que los realistas tenian mas que vencer los obstáculos naturales, que los que los patriotas les oponian. Seis horas gastaron los vencedores en llegar á situarse, Calleja en la mina de Valenciana, y Flon en la altura de las Carreras y en el cerro de S. Miguel, donde pasaron la noche, al vivac, no obstante que uno de los oficiales indicó al general que aun era tiempo de proseguir con la victoria."

"En la Alhóndiga, cuyo edificio llamaba el vulgo castillo, y por los frascos usados en la defensa se llamó despues Granaditas (1) estaban encerrados 247 espa-

(1) No es exacta esta especie: desde que se comenzó á construir el gran edificio, fué conocido con el nombre de "Granaditas," porque, así se llamaba el local donde se fabricó; y este nombre provino de

ñoses ó mexicanos de los enemigos de la revolución, que se colectaban por el ejército insurgente en los lugares de su tránsito. Sabida la derrota de los cerros, la plebe de la ciudad comenzó á formar grupos para aprovechar el desórden causado por la presencia del enemigo, robando los efectos que aun habia en la Alhóndiga, y los que poseian los prisioneros allí encerrados; no se sabe quién atizaba aquella maldad; estos pensamientos nacen espontáneamente en la gente desalmada en los momentos críticos: para hacer que desborden y den por resultado una accion inícuca, basta solo un malvado mas atrevido que los demas. Quién fué éste, no hay datos bastantes para resolverlo; los Sres Alaman y Bustamante designan diversas personas, y ninguno de ellos es autoridad bastante por estar cada uno dominado de pasion; (1) el hecho fué, que á pesar de la resistencia de la guardia, sin hacer caso de las exhortaciones y consejos del cura y de diversos eclesiásticos,

que, en una de las casas que allí habia, existió un pequeño huerto que contenia varios árboles de granada.

(1) Alaman dice (T. 2 pág. 50) que la plebe de Guanajuato comenzaba á formar pelotones y á presentarse en las cercanías de Granaditas, donde estaban los españoles presos, cuando acertaron á pasar por allí, para tomar el camino que va á las minas, Allende y los demas generales que iban en fuga; que uno de ellos, sin que se pudiese distinguir quién, dirigió la voz al pueblo diciéndole, "¿Qué hacen que no acaban con esos?" Y que con tal exhortacion el pueblo no pudo ya ser contenido, y penetró á la alhóndiga, donde degollo á la mayor parte de los españoles.

Bustamante afirma por el contrario (T.º 1.º pág 100) que un negro platero llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, salió por las calles y plazas asuzando á la plebe, para que fuera á Granaditas y matara á 247 españoles que allí se encontraban, pues les decia que ya Calleja habia ganado la accion y que iba á entrar unido con los europeos á degollar á todos los habitantes, por lo cual convenia acabar cuanto antes con los de Granaditas para tener esos enemigos menos, á consecuencia de lo cual, tuvo lugar la bárbara matanza.

El aserto de Alaman tiene en su contra todas las probabilidades. Si los generales independientes hubieran tenido el pensamiento de cometer semejante iniquidad, tiempo les habia sobrado para ejecutarla como hubieran querido; y por otra parte, el que conozca á Gua-

la plebe allanó la puerta, penetró en el edificio y asesinó bárbaramente á la mayor parte de los prisioneros, saqueando los efectos y aun ultrajando los cadáveres. No mandaron esto los jefes insurgentes, fué el instinto ciego que conduce algunas ocasiones á la plebe á derramar la sangre, instinto que oscurece alguna vez las buenas cualidades del pueblo y que mancha sus desastres, cuando de continuo no ensangrienta sus victorias. Los cadáveres desnudos quedaron tirados en los pisos de la Alhóndiga, y al esparcirse por la ciudad la nueva de tamaña barbárie, el terror se difundió entre los habitantes al pensar en las represalias que pudiera tomar el enemigo ya cercano."

"La noche se pasó sumida la ciudad en el mas profundo silencio: segun un testigo presencial "una ú otra mujer asomaba la cabeza por alguna ventana, y en sus semblantes estaban pintados el susto y la inquieta curiosidad. En el silencio de la noche solo se oian las pisadas de los caballos y de los hombres ó el estridor metálico de las cureñas de los cañones: una especie de estupor reinaba en aquella entrada fúnebre, tan diversa del estruendo de un asalto, como de la algazara de

najuato, verá que no era fácil que dichos generales, al tomar el camino de las Minas es decir la subida de los Mandamientos, se hubieran dirigido al pueblo agrupado delante de la Alhóndiga, pues si es cierto que esta subida se encuentra en la acera que está en frente de aquel edificio, tambien es verdad que hay que tomarla mucho antes de llegar á él: así es que para hablar al pueblo, habrian tenido los generales que detenerse, desviándose de su ruta, cosa del todo improbable, puesto que iban en fuga.

El dicho de Bustamante se encuentra corroborado con los testimonios de Liceaga y de Carrillo, personas que se encontraban en Guanajuato, cuando se verificaron los asesinatos, y con el de Mendivil y otros varios historiadores; y aun el mismo Alaman, empeñado en culpar á los caudillos independientes, refiere en una nota (t. 2 p. 49) lo que Bustamante dice acerca del platero Lino, añadiendo que no tiene seguridad del hecho; y agrega luego "entiendo que el tal Lino se presentó despues de la independencia á la junta de premios, reclamando el que habia merecido por esta accion, y que se la reprobó, afeándole el hecho el mismo Bustamante, cuya recomendacion pidió.

un triunfo; hubiérase creído que por instinto sentían todos el sobresalto y la pena que una gran catástrofe produce.” A las tres y media de la mañana el cañon colocado por los insurgentes en el cerro del Cuarto rompió el fuego sobre las tropas de Flon, quien lo hizo contestar con otro que el conde había quitado á los insurgentes; las balas pasaban por encima de la ciudad despertando con su lúgubre son, á los habitantes que habían podido entregarse al sueño. Al amanecer las tropas de Calleja se pusieron en movimiento y como la pieza del cerro del Cuarto, incomodara su marcha por la calzada de Valenciana, hizo colocar dos cañones que á poco desmontaron el de los patriotas apagando sus fuegos; así pudo ya Calleja, seguir por el camino de las minas, mientras bajaba Flon por las Carreras: Allende se retiró sin ser perseguido. El General realista supo antes de salir de Valenciana de boca de D. Andrés Otero, uno de los pocos que por milagro habían escapado con vida, los asesinatos perpetrados en la Alhóndiga; al llegar allí mandó echar pié á tierra á doce dragones y que entraran al edificio á cerciorarse de la verdad, y á dar auxilio á los que todavía lo alcanzasen; los soldados volvieron diciendo que ya todos eran cadáveres. Conducían sin embargo á seis ó siete hombres que encontraron en el edificio, que se habían introducido, ya por curiosidad, ya por robar algun despojo, los cuales fueron mandados matar inmediatamente. En seguida, Calleja dió orden de tocar á degüello y de entrar á fuego y sangre en la poblacion cosa que se verificó desde Valenciana hasta llegar á la plaza donde se suspendió la orden: por fortuna solo uno ú otro andaba por las calles y curioso ó necesitado pagó con la vida su imprudencia.” Se numera entre estas víctimas á D. Agustin Calderon, persona bien estimada en Guanajuato, tío de D. Lucas Alaman y padre del Lic. D. Francisco Calderon, que murió hace poco tiempo, y que desempeñó puestos elevados en el Congreso y en

el supremo tribunal de justicia. Aquel caballero salió sin recelo alguno á oír misa á la Iglesia de S. Roque; y volvía para su casa cuando el ejército entraba por la calle de los Pozitos en la cual fué muerto: lo acompañaba su mencionado hijo D. Francisco, que á la sazón tenía siete años de edad, y logró ocultarse tras la puerta de una casa en construccion, libertándose así providencialmente de una muerte segura.

Flon por su parte mandó tambien tocar á degüello: pero cuando ya sus dragones iban á ejecutar la orden salvaje “una voz de trueno lo sobrecogió (Bust. t.º 1.º pág. 102) é hizo reflexionar y volver sobre sus pasos. Era la de *Fr. José de Jesus Belaunzarán*, comisario de terceros de S. Diego de Guanajuato, que se le presentó con un crucifijo en la mano y á grito herido, le dijo. . . . Señor! . . . Esa gente que se halla presente á los ojos de V. S. no ha causado el menor daño: si lo hubiera hecho, vagaría fugitiva por esos montes como andan otras muchas; suspéndase, Señor, la orden que se ha dado, y yo lo pido por este Señor, que en el último dia de los tiempos le ha de pedir cuenta de esa sangre que quiere derramar. . . . Formidó el conde de la Cadena al oír estas palabras, se quedó confuso y no hizo mal alguno. Preguntó luego quien era aquel fraile que le había hablado con tanta resolucion y energía, y cuál su conducta; díjosele que era irrepreensible. . . . Eras tú, amable Belaunzarán, eras tú el ángel tutelar de Guanajuato, . . . tu voz, voz por donde han resonado con aplauso las reprensiones mas acerbas contra los crímenes y elogios á la virtud. . . tu voz edificante en los púlpitos, esa voz mas terrible que la de cien truenos, salvó una porcion de hombres entregados á la pena viendo esclavizada á su patria y corriendo á torrentes la sangre de sus hijos y hermanos. . . . Recibe ya por mi pluma el homenaje mas justo de mi respeto! ¡Quiera el cielo prolongar tus dias, y que al exhalar tu último aliento, uniendo tu boca á la de aquel Señor en cu-

yo nombre imploraste la clemencia por los inocentes, hagas el último voto por la prosperidad de esta nación que te fué tan cara. Yo no tengo con qué retribuirte este importante servicio sino con transmitir á la posteridad tu buen nombre; recibe en estas líneas todo mi afecto.”

“Calleja, sigue diciendo el Diccionario, se aposentó en las casas consistoriales, quedó dentro de la ciudad el regimiento de infantería de la Corona, y el de dragones de Puebla, el resto del ejército salió de nuevo á aposentarse en Jalapita.”

“En el mismo día, dice el Sr. Alaman, mandó Calleja publicar un bando amenazador, en el que decía que los crímenes inauditos cometidos por los habitantes de aquella ciudad; desde el principio de la revolución, y especialmente el horrible atentado ejecutado en la Alhóndiga de Granaditas, pasando á cuchillo á sangre fría en la tarde del día anterior mas de 200 personas, estaban pidiendo la mas atroz y ejemplar venganza; que aunque habia mandado suspender por un efecto de humanidad, la orden que habia dado en aquella mañana al entrar en la ciudad, de llevarla á fuego y sangre y dejarla sepultada bajo sus ruinas, no por eso debian quedar impunes delitos tan atroces ni hacer participante á aquella poblacion de las gracias concedidas por el virey á los pueblos que habian depuesto las armas al presentarse en ellos las tropas reales: “mandó en consecuencia, que fueran entregadas sin distincion todas las armas y municiones delatándose á quien hubiera favorecido ó fomentado la revuelta, bajo pena de la vida: se prohibió bajo la misma pena toda conversacion sediciosa, y se prohibió con fuerte multa ó doscientos azotes, que ninguno saliera á la calle por la noche, sin permiso escrito dado por él ó por el intendente interino que nombró, D. Fernando Perez Marañon, debiendo dispersarse á balazos, toda reunion que escudiese de tres personas. La recoleccion de armas tuvo su pun-

tual cumplimiento, reuniéndose hasta las espadas de los empleados y de los regidores, ya no porque fueran útiles, porque las hojas eran de mal temple, sino porque las empuñaduras eran valiosas, y el general realista se las apropiaba como un despojo ganado en buena guerra. En cuanto á criminales, fueron recogidos por la ciudad, cuantos se creia por las mas ligeras sospechas complicados en la revolución, y amarrados en cuerda se les condujo á pié por la cañada de Marfil que llevaba agua, hasta el campamento de Jalapita, sin que allí se les hubiera dado en la noche alimento ni abrigo: destacáronse tambien partidas de soldados que recogieran en los barrios la gente que encontraron encerrando á los que pudieron haber á las manos, en el castillo de Granaditas.”

“El 26 de Noviembre fué un día negro. Los bandos del día anterior, las disposiciones tomadas presagiaban que iba á suceder algo de horrible. En efecto, del mismo modo que fueron llevados, se trajeron á Granaditas los prisioneros del campamento: Calleja comisionó al conde de la Cadena para que los juzgara y sentenciara, y mandó reunir á todos los carpinteros de la ciudad para que labraran horcas, poniéndolas en frente de Granaditas, en la plazuela de S. Fernando, en la de la Compañía, en la de S. Diego, en la de S. Juan, en la de Mexiamora, y una en cada plaza de las minas principales: colocadas las casas de la poblacion como en un anfiteatro, de todas ellas se podian ver las ejecuciones, de manera que por todas partes tropezaba la vista con algun suplicio. A la Alhóndiga se habia mandado un oficial comisionado, que con asistencia del escribano de cabildo, hiciese la clasificacion de los reos detenidos: de los 200 que se declararon culpables, 20, á quienes tocó la fatal suerte de ser todos diezmados, fueron condenados á ser pasados por las armas, porque no habia verdugo que los ahorcase. La manera con que se hizo la ejecucion, causa pena el saberla, es preciso

sin embargo, tenerla presente, tal cual nos la refiere persona que se encontró presente: "Me encontraba yo en Marfil, dice, la mañana del 26 cuando recibí orden de presentarme con mi compañía al mayor general. Este jefe puso bajo mi custodia y responsabilidad 60 ó mas prisioneros (no hago memoria del número) personas escogidas y notables, previniéndome que los condujese á Granaditas, y los entregara al Coronel D. Manuel Flon, conde de la Cadena, y segundo por su representacion en el ejército."

"Granaditas tiene dos puertas de entrada: la principal cae á una plazuela, y la otra está en un costado del edificio: aquella se hallaba abierta, la otra tapiada con adobes: yo formé mi tropa en la plazuela, y entré al funesto edificio, limpio ya de los cadáveres de los asesinados, pero no de la sangre y de los horrores, vestigios de la reciente matanza: el pátio es cuadrado ó cuadrilongo, y está circuido de arcos, que forman cuatro corredores: en el fondo de estos hay piezas aisladas: cuando entré al pavoroso pátio, se paseaba por uno de los costados el conde de la Cadena, única persona que habia en todo aquel recinto. Este jefe tendría 60 años; su estatura era la ordinaria, su traje sencillo y descuidado: una vasta casaca cubria sus anchas y abovedadas espaldas, y en sus bolsas ocultaba ambas manos: su cara sañuda y esquiva, una piel hosca y rugosa: sus ojos hundidos, penetrantes y fieros; un mirar altivo y desdeñoso; sus cejas canosas, largas y pobladas, daban á su fisonomía un aspecto imponente y grave... y tal era el hombre á quien di cuenta de mi comision. Su respuesta á poco mas ó menos, fué la siguiente... Haga V. desmontar 6 dragones y un cabo para que custodien la puerta... Distribúyanse los presos en esos cuartos... Consérvese el resto de la tropa montada, y V. aguarde mis órdenes."

"Así se hizo, y á pocos momentos entró el capitán D. Manuel Diaz Solórzano, ayudante mayor del cuer-

po de Frontera de Rio Verde, con uno ó dos eclesiásticos, poco despues ocupó el pátio con una compañía de infantería, y comenzó la escena que consigno en la historia."

"El oficial Solórzano sacaba uno ó dos presos á la vez de los cuartos en que estaban reclusos: les hacia en la puerta ó en el corredor algunas ligeras preguntas, y sin mas formalidad los enviaba á una pieza desocupada. Allí, uno de los sacerdotes los confesaba, y en el acto eran conducidos, vendados los ojos con sus mismos pañuelos, al pasadizo que remataba en la puerta tapiada. Cuatro soldados se destacaban de la fila y fusilaban al sentenciado, volviendo inmediatamente á incorporarse á la tropa, que á pié firme permanecia en el centro del patio, y á cargar sus armas."

"A poco tiempo de esta carnicería quedó el pasadizo inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio de los cruentos escombros, sin cuya diligencia no podia ya pisarse el pavimento. Para ejecutar esta operacion, se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron la sangre y las entrañas despedazadas de los fusilados en grandes bateas, hasta desembarazar el lugar de aquellos estorbos para seguir la horrible matanza." Se hacia tan sin escrúpulo, que uno de los presos, habiendo dicho dónde se encontraba alguna plata labrada fué enviado con custodia á traerla: dos jóvenes de la casa vinieron con los soldados para dar alguna explicacion ó hacer valer algun derecho, y solo por este acto, y sin mas averiguacion, fueron en el momento fusilados. Ese dia sufrieron el mismo género de muerte, D. José Antonio Gómez, nombrado intendente por Hidalgo, D. Rafael Dávalos, catedrático de matemáticas y director de la fundicion de cañones; D. José Ordoñez, teniente veterano del Príncipe; D. Mariano Ricacochea, administrador de tabacos de Zamora: y D. Rafael Venegas,